

le ocultaba á los ojos de todos los hombres, debió participar igualmente de esas sombras misteriosas y permanecer desconocido como los misterios secretos que se obraban en su presencia, y de los cuales era dichoso testigo.

No es fácilmente, ó por decirlo así, del primer paso como los fieles han penetrado en esos años ocultos del Señor, en la intimidad de esa vida de familia, demasiado espiritual y demasiado pura para ser manifestada á unas almas, ignorantes aún, y tan manchadas por los pecados. Era menester que los primeros cristianos conociesen claramente los misterios de la pasión y de la muerte del Redentor, puesto que este era el fundamento y el centro de su fé. Mas no era necesario que fuesen admitidos en la familiaridad de Jesús, de María y de José; ni que tuviesen entrada en esas conversaciones celestiales, que solo los Angeles habían conocido.

Unas comunicaciones tan divinas exigían corazones mas puros, y pedían ser compradas por suplicas mas perseverantes y trabajos mas prolongados.

Que se piense por un instante lo que debían ser esos abominables ciudadanos de Roma, habituados á embriagarse, en sus diversiones, de sangre humana, y devorados hasta los hue-

sos por la lujuria! ¡Que se piense lo que debían ser esos bárbaros indomables, cuyos *hermanos* viven aun á nuestra vista en las llanuras de la Tartaria y sobre las vertientes del Cáucaso! Y á semejantes hombres, nuevamente convertidos, y por consiguiente, llenos aún de las señales de su conversación primera, prolongada por tan largo tiempo entre tantos pecados y tantos vicios; ¿á semejantes hombres habría manifestado Jesucristo, á un tiempo, los Misterios llenos de una paz maravillosa y de una pureza mas que angélica? ¿Cómo pues, podríamos creerlo, puesto que sabemos que pertenece á la divina Sabiduría el disponer todas las cosas con suave armonía, por insensibles graduaciones; y puesto que sabemos que Jesús, en el Evangelio, prohíbe el *dar á los perros las cosas santas, y arrojar las perlas á los animales inmundos, de miedo que no las huellen con los piés, y se vuelvan contra nosotros para despedazarnos?* (1)

La Santa Iglesia debía cumplir poco á poco, y por grados, esta milagrosa transformación, que nunca había aparecido aun en la historia. Debía tomar entre sus poderosas manos esas razas degradadas, y formar, con esos elemen-

(1) Math, VII.

tos empobrecidos, naciones enteramente nuevas, reparadas y rejuvenecidas en la Sangre de Jesucristo. Era este un gran trabajo, de gigantesca dificultad, que solo el Hijo de Dios podía obrar, tomando á unos hombres frágiles por instrumentos de su poder. Cumplióse el milagro, Mas como se trataba de convertir y de renovar las provincias y los imperios, fué preciso esperar con paciencia, y gastar muchos siglos de trabajos para terminar una empresa tan grande. Las naciones, purificadas y espiritualizadas por grados, salieron de sus pecados y de sus vicios, para ser admitidas mas de cerca en la mística sociedad de Jesucristo y de su Madre admirable: cesaron de limitarse al exterior de los misterios, para tener entrada en la vida oculta del Señor, y acercarse mas íntimamente á su Persona. Pero era menester que estos tiempos mas felices fuesen precedidos por una sucesión prolongada de días menos ilustrados, menos espirituales y menos perfectos.

Supuestas estas observaciones, comprendemos luego por qué el culto de Señor San José es menos antiguo en la Iglesia, que el culto de los mártires y de los apóstoles. Estos santos *brillantes*, representan para los fieles, la muerte y la victoria de Jesucristo, que se han

cumplido públicamente. Señor San José, por el contrario, representa su vida oculta, é impenetrable á los fieles durante largo tiempo. Solamente cuando la pureza de los cristianos llegando á ser mas perfecta, les enseñó á desgarrar el velo que el evangelio había arrojado sobre las escenas mas íntimas; y cuando la devoción de las almas piadosas procuró sondear los misterios que los Evangelistas habían referido tan brevemente en sus relaciones; solamente entonces aparece Señor San José á las miradas encantadas de la Iglesia, muy cerca de la casta María á quien protege como Esposo lleno de tierna vigilancia; y muy cerca del Divino Niño á quien tiene la felicidad de estrechar contra su pecho, y de llevar amorosamente entre sus brazos.

¡Ojalá y que la devoción al glorioso Patriarca José llegue á crecer y multiplicarse todos los días en la Iglesia! Es una señal favorable y llena de consuelo, cuando vemos á Señor San José subir en el horizonte del culto católico; puesto que su esplendor creciente nos enseña que gracias á las penitencias, á los trabajos y á las meditaciones de las almas santas, la Iglesia despojándose mas y mas de la rudeza del elemento humano, se reviste mas de esa espiritualidad divina que le da un

acceso fácil hasta la intimidad dichosa del Señor. Es una señal favorable cuando escuchamos á todos los fieles multiplicar sus oraciones en honor del virginal Esposo de María: porque este gran Santo no puede permanecer insensible á nuestras súplicas: y á medida que lo invoquemos mas asiduamente, y con mayor confianza, nos conducirá mas pronto á María, y nos hará penetrar mas íntimamente hasta en los abismos de poesía, de ciencia y de virtud que están ocultos en Jesucristo.

Podemos pues, hoy día, tributar al Señor fervientes acciones de gracias: y á pesar de la frialdad y de los vicios de los hijos del siglo, debemos augurar bien de los progresos de aquellos que han permanecido fieles, cuando consideramos el crecimiento de la devoción á Señor San José. No estamos ya ahora en los tiempos en que el Santo Patriarca era pasado en silencio en la redacción del *Cánon* de los santos Misterios. Esta época menos feliz ha terminado: y apoyados en los trabajos de nuestros padres, podemos nosotros lo que á ellos les era imposible; y conocemos claramente lo que ellos no veían aun al descubierto. Hoy día la Iglesia Romana celebra por todas las iglesias particulares, dos fiestas solemnes en honor de Señor San José; la del

19 de Marzo, mas particularmente consagrada á ensalzar las virtudes y las glorias del ilustre Patriarca, y la del *Patrocinio*, (1) mas especialmente destinada á recordar la poderosa protección y los continuos orros que debemos á Señor San José. A estas dos fiestas podemos añadir todavía la de los *Desposorios de María*, (2) en la que mezclamos juntos los elogios que convienen á la Esposa y los que se aplican al Esposo.

Pero las almas verdaderamente piadosas, no limitan á estas tres fiestas los homenajes que tributan á este Guía celestial que nos conduce á Jesucristo y á María: sino que siguiendo las huellas de los Bernardos, de los Gersón, de las Teresas, de los Bernardinos de Sena, de los Suarez, de los Franciscos de Sales y de otros muchos, profesan la mas tierna y ferviente devoción para con el gran Patriarca de la nueva alianza. Tienen continuo cuidado de recomendarle todos los negocios de su cuerpo y de su alma, todas sus necesidades particulares, todas las necesidades públicas, y todo lo que mira á la salvación del prójimo y á la gloria del Señor. Publican con todas sus fuerzas los grandes beneficios que han reci-

(1) Dom. III pos Pascha.

(2) 23 de Enero.

bido de sus manos liberales y se consagran á multiplicar el número de sus fieles siervos. Siempre en sus oraciones, en sus escritos y en sus palabras, colocan el nombre de José, aun antes del de los santos á quienes consideran como á sus padres, y como á los padres de las familias religiosas cuyas hijas tienen quizá la felicidad de ser: de tal suerte, que todo en torno suyo está marcado con estos tres nombres: *Jesús, María y José*, que alegran á los ángeles y triunfan de los infiernos.

¿Y por esto debemos creer que el culto de Señor San José haya llegado á su apogeo, y que no deba ya en el porvenir recibir nuevos crecimientos? No podemos pensarlo; y decimos llenos de seguridad que José debe *crecer* todavía, según la significación de su nombre, y según la antigua profecía contenida en el Génesis. (1) Esta convicción nos hace interpretar en este sentido las palabras llenas de esperanza que encontramos en el Oficio del 19 de Marzo. Es verdad que estas interpretaciones no son argumentos sin réplica; porque no sería difícil encontrar otras explicaciones y otros sentidos. Mas por lo menos,

(1) *Filius accrescens Joseph, filius accrescens et de-orus aspectu.* (Gen., XLIX.)

nada nos impide buscar, en la graciosa liturgia de la Iglesia, las palabras significativas que recuerdan á nuestro corazón sus esperanzas y sus amadas convicciones.

Léamos pues, la historia futura de José, en estas palabras: «*Vir fidelis, multum laudabitur, et qui custos est Domini sui glorificabitur:*» (1) El hombre fiel será colmado de alabanzas. El Custodio de su Señor será glorificado.» ¿Y no es José en efecto, este *hombre fiel* por excelencia, que guardó siempre intacta la fé prometida á María su casta esposa? ¿que cumplió constantemente con una fidelidad sin ejemplo, todos los deberes que tenía para consigo mismo, para con el prójimo y para con Dios? Y mas explícitamente todavía, no es José, único entre todos los otros santos, el Protector de Jesucristo, ó en otros términos, el *Custodio de su Señor*? Ahora bien: la Iglesia al hablar de él, no dice: *multum laudatur*: «Es colmado de alabanzas;» sino que dice: *Multum laudabitur*: «Será colmado de alabanzas.» No dice *glorificatur*; sino *glorificabitur*: «Será colmado de gloria;» porque los esplendores y los elogios que le rodean, están muy léjos de llegar todavía á lo que le reserva el porvenir.

(1) *Cap. ad Laudes.*

Podemos encontrar por segunda vez la misma idea, en un *Responsorio*, en que la Iglesia parece comparar al admirable Patriarca con la flor del lirio: *Justus germinabit sicut lilium, et florebit in æternum ante Dominum.* (1) «El crecimiento del justo será semejante al lirio; florecerá eternamente en la presencia del Señor.» Ahora bien: el lirio, después de algunas hojas extendidas, brotadas á flor de tierra, eleva á lo alto un vástago casi desnudo y despojado; este es un símbolo de la pequeñez y de la oscuridad en que durante tanto tiempo está encerrado Señor San José. Mas á cierto tiempo, en este vástago tan pobre vemos florecer con magnificencia las anchas y blancas corolas, que encantan nuestras miradas, y que derraman á su derredor la suavidad de sus perfumes. Así José, después de largos años de su humildad primera, verá plenamente lo que ya comenzamos á contemplar; verá su culto y su gloria brillar con esplendor maravilloso, y llenar á toda la Iglesia con la suavidad de sus perfumes.

Repetamos pues, con la Iglesia: *Magna et gloria ejus in salutari tuo.* ¡Oh Dios! la gloria de José es grande en *Jesucristo, el Salvador*

(1) R. Breve *ad Nonam.*

que nos habeis dado: porque Jesús es quien por su gracia produce todas las numerosas glorificaciones de los fieles en honor de Señor San José. Mas no queremos limitar allí nuestros deseos y nuestra esperanza; porque añadimos con la Iglesia: *Gloriam et magnum decorem impones super eum.* (1) Cuando sean llegados los tiempos marcados por vuestra Providencia, vos pondreis sobre su persona una gloria mas grande y mas brillante. *Impones super eum:* y esta será como un fardo dichoso que colocareis sobre sus espaldas; el cual será tan grande, que sin las fuerzas que le conferirá vuestro poder, se vería como abrumado por el peso de su felicidad.

Creced pues, ¡Oh José! en el alma de cada uno de nosotros: ocupad en el fondo de nuestro corazón el lugar que os es debido por tantos títulos, y que deseais solamente para hacernos mas felices, haciéndonos mas devotos para con María, y mas fieles para con Jesús. Creced en la Santa Iglesia, á fin de hacerla adelantar en los caminos de la vida contemplativa, de la cual sois introductor y maestro, y de conducirla siempre mas profundamente en la intimidad de María y de Jesús: Creced

(1) R. Breve *ad Sextam.*

no solamente para vuestra gloria; sino mas bien para gloria de María, para gloria de Jesús, y para gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

CAPITULO XV.

De la gloria de Señor San José, en el cielo.

EL verdadero cristiano, desterrado en este valle de lágrimas, y lejos del cielo su patria, no cesa nunca de dirigir los dardos encendidos de sus deseos hácia la mansión en donde le esperan los ángeles y los bienaventurados. A veces parece que encuentra placer como el resto de los hombres, en mirar al pasar los objetos terrenos y groseros que le rodean; y al verlo usar, aunque moderadamente de las riquezas y de los bienes de esta vida, imaginanse los impíos haberlo ganado por sus discursos, y obligádolo al fin á pensar como ellos. Mas sin embargo, aun cuando toque de paso alguno de los bienes de esta tierra, el verdadero cristiano se aplica asiduamente á no descansar allí por una culpable negligencia; sino que siempre mirá adelante, y siempre dirige

sus ojos hácia el cielo en donde ha colocado ya todo su tesoro.

Terminemos pues, todo este libro, ensayando el hacer anticipadamente, como un viaje á la bienaventurada Patria, en donde nos espera nuestro Padre Señor San José, para hacernos sentar á su lado, en el gozo de su Señor. Que en medio de las incertidumbres y de los peligros de esta vida, sea nuestro consuelo el considerar incesantemente los grandes bienes que nos están prometidos, y los esplendores inefables entre los cuales reina desde ahora el humilde Santo cuyas excelencias nos hemos esforzado en manifestar. Que la contemplación de la felicidad que goza al lado de Jesús y de María, sirva para hacernos olvidar todas las tristezas y los dolores que nos oprimen. Que la vista de su dicha nos siga por todas partes, en todas las acciones de nuestra vida, obligándonos á levantar incesantemente nuestro pensamiento y nuestro corazón hácia el cielo.

La primera y la principal felicidad de los bienaventurados, consiste en la visión clara y sin velos de la Esencia divina, en la cual están encerrados todos los bienes. Poned junta toda la hermosura que han poseído y que poseerán todas las diversas criaturas; todo el